

Theodor Kurk

y otros alemanes migrantes en Colombia

Anne Kurk de Katich

(Colombia, 1934-v.)

Fue profesora en el Colegio Alemán de Medellín durante cuarenta años, en el Instituto Colombo Alemán, que más tarde se denominó el Instituto Goethe, y en el Instituto Cultural Alexander von Humboldt de la misma ciudad.



Resumen

En un esfuerzo por preservar la memoria familiar inmigrante alemana y de otros compatriotas de ese país europeo, en esta crónica, la autora cuenta anécdotas, recuerdos y sucesos cercanos de su vida y la de sus padres bremenses en tierras ajenas. Como documento escrito en primera persona, constituye un testimonio directo de una parte de la historia de los extranjeros que han contribuido a formar la cultura del país, de la región antioqueña y, particularmente, de Medellín. Con un tono informal y acento personal, las líneas dan cuenta de las peripecias vividas por Theodor Kurk, su esposa e hijos en los difíciles tiempos de la Segunda Guerra Mundial en Colombia.

Palabras clave

Alemanes, Banco Alemán Antioqueño, Barranquilla, bolsa de valores, Fusagasugá, Hotel Sabana, Medellín, Theodor Kurk

Los alemanes en Colombia

Soy Anne Kurk de Katich. Mis padres eran alemanes, de Bremen. Yo nací en Medellín, Colombia, soy colombiana, o más bien una paisa alemana. Mi papá estuvo recluido en Fusagasugá en 1944 cuando yo tenía nueve años y quiero contar algo de esa época.

Iniciaré relatando por qué y cuándo llegaron algunos alemanes a Colombia. Y voy a comenzar con mi papá, Theodor Kurk, quien vino a Colombia en 1928 a la

edad de veintitrés años como representante del Banco Alemán Antioqueño (Deutsche Bank), que se había fundado recientemente en 1923. Mi padre cambió el mar del Norte, árido y frío, por el mar Caribe, cálido, lleno de vida, alegría y mucho calor. Como ruta de salida desde Bremen, viajó en barco bajando por el río Weser, recorriendo un paisaje llano, tranquilo, donde se escuchaban los pajaritos y la brisa húmeda entre los abedules (Birken), para llegar al mar y seguir después su ruta en un largo viaje por el océano hasta

Barranquilla, en la región atlántica colombiana (figura 6.1).



Figura 6.1 Llegada de Theodor Kurk a Puerto Colombia, 1928
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Como Bremen es una ciudad medieval portuaria, ubicada al noroeste del país, a unos sesenta kilómetros del mar, el puerto instalado en la desembocadura del río que surca la ciudad, el Weser, fue adquiriendo importancia como vía para salir a comerciar por fuera de Europa, especialmente a América. Durante el siglo ^{xx} el río fue ruta de escape de las trincheras, la pobreza y los hostigamientos políticos, religiosos o raciales. Los bremenses tienen un vínculo natural con el río, que mi papá también tenía como habitante de la ciudad, y eso le facilitó su viaje por barco hacia Colombia, así como el posterior recorrido por el Magdalena hasta Medellín.



Figura 6.2 Instalaciones de Scadta, Barranquilla, s. f.
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Cuando mi padre llegó a Barranquilla ya vivían muchos alemanes en la ciudad, la mayoría provenientes de Bremen, mientras que en Venezuela casi todos los alemanes eran de Hamburgo. Ellos habían llegado como representantes de empresas farmacéuticas, como Bayer, Schering, Merck y otras. En 1919 se había fundado la empresa colomboalemana de aviación Scadta (Sociedad Colombo Alemana de Transporte

Aéreo), primera en Colombia y segunda en América, para la cual habían llegado muchos pilotos, mecánicos y técnicos alemanes, la que luego se convertiría en Avianca (figura 6.2).

Contaba el piloto militar Rodolfo Bethke, quien obtuvo permiso para viajar con su señora Hanna a Barranquilla para trabajar en Scadta, que los primeros aviones acuatizaban en los ríos Magdalena, Atrato y San Juan para descargar envíos de dinero, recoger correo y bolsas de oro que viajaban en el suelo del avión, y resaltaba que nunca llegó a perderse algo (figura 6.3). En esa época la orientación del vuelo se hacía por

telegrafía y lo más importante era el lema *vor* (ver o regresar). El vuelo comenzaba en Barranquilla, bajando a lo largo del Magdalena, acuatizando en muchos lugares hasta llegar a Girardot, luego se desviaba hacia el Pacífico a Buenaventura y a Guapi, donde había grandes minas de oro, pernoctaba en Tumaco, para después regresar a lo largo del río San Juan y del Atrato hasta Andagoya, donde también había minas de oro; allí se surtía de gasolina para continuar su viaje hasta Barranquilla. Barcos cisterna salían de Barranquilla y bajaban por el Atrato para proveer a Andagoya con gasolina.



Figura 6.3 Hidroplano de Scadta, Barranquilla, s. f.

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Durante la Segunda Guerra Mundial, al aviador Bethke no se le permitió volar más, por lo que decidió regresar a Alemania en 1941 con su señora y sus tres niños pequeños en un barco diplomático que en ese momento estaba en Colombia, pero el buque fue desviado por una nave norteamericana a Ellis Island en Nueva York, Estados Unidos, que era un puerto a donde solo llegaban inmigrantes y quedaban en cuarentena antes de entrar al país. De ahí llevaron a la familia Bethke, como a muchos alemanes, hacia el campamento Cristal City en San Antonio, Texas, pero como el lugar estaba

en construcción, el viaje duró varios meses, se alojaron en muy buenos hoteles, muchas veces por largo tiempo y los niños podían ir al colegio. Terminada la obra del cuartel Cristal City, los Bethke estuvieron encerrados junto con otros cuatro mil compatriotas y mil japoneses. Ellos vivieron en una cabaña dentro del campamento por ser un núcleo numeroso. Allí tenían hospital, colegio, supermercado y almacenes, y las personas recibían vales para mercar y comprar lo que necesitaban. Nunca les faltó algo, los niños asistían al colegio y al señor Bethke se le permitía trabajar como fotógrafo, incluso podían enviar paquetes desde el cuartel a la familia en Alemania. Después de la guerra él regresó a Medellín donde instaló el taller de fotografía Romeco (Rodolfo, Medellín, Colombia), y al salir de la “lista negra” obtuvo permiso para trabajar nuevamente como piloto.

A Colombia también llegaron técnicos alemanes para la Compañía Unida de Navegación por Vapor en el Río Magdalena, empresa constructora de barcos fluviales a vapor, constituida en 1856, cuyas embarcaciones navegaban por el río Magdalena y que Gabriel García Márquez menciona en su novela *El amor en los tiempos del cólera*. Aquí cabe anotar que desde 1823 el Congreso de la República de Colombia le había otorgado una concesión al alemán Juan Bernardo Elbers para navegar las aguas del Río Grande de la Magdalena en barcos a vapor durante veinte años. Otro dato al respecto es que, en la década de 1890, la firma alemana Gieseken & Held se vinculó a la navegación fluvial por el Magdalena y adquirió dos vapores. Luego de la Guerra de los Mil Días, que afectó notablemente ese tipo de transporte fluvial, los alemanes Adolfo Held y Arthur Stegmann conformaron la Empresa Hanseática de Vapores en 1902, que se sumó en 1905 a la Alemana de Navegación de Luis Gieseken y que tres años después se fusionó con la Empresa Alemana de Navegación, la Compañía Colombiana de Transporte y otras menores, convirtiéndose en la naviera más grande de Colombia.

En 1923 llegó de Alemania Walter Ritzel para trabajar en la empresa Hanseática, propiedad de los alemanes Wiese y Stark; en 1925 se casó con Elsa Strauß, nacida en Barranquilla, pero su mayor negocio fue la venta de velas a bordo de un barco a vapor por el Magdalena, ya que a lo largo de la cuenca del río no había luz eléctrica. Gracias a sus buenos negocios se hizo socio de la empresa y cuando los fundadores decidieron regresar a Alemania, Ritzel, junto a Werner Backhaus, se hicieron cargo de Hanseática. Ritzel formó otra compañía para la fabricación de jabones con el nombre de Tusica (Turingia, Silecia, Colombia), que todavía existe en Barranquilla. En 1939 el señor Ritzel viajó con su familia a Alemania para unas vacaciones, pero como era oficial de reserva de la Fuerza Aérea alemana, al poco tiempo fue reclutado por el Ejército, por lo que su familia se quedó en Alemania viviendo todas las consecuencias de la guerra. Hanseática entró al fondo de estabilización del Banco de la República, fue confiscada, al terminar el conflicto bélico regresaron a Barranquilla y después de muchas peleas les devolvieron el 50 % del dinero. Una de sus hijas, Lisa Ritzel de Boeker se encuentra en Medellín en la actualidad.

También se formaron grandes empresas importadoras de maquinaria, herramientas y sobre todo de machetes; como decimos, “no hay campesino sin su machete al cinto”. Al mismo tiempo, hubo muchas empresas exportadoras de café, cacao, algodón, tabaco y pieles. En 1880 había llegado de Bremen a Barranquilla el señor Adolfo Held, de quien hablé unos párrafos atrás, con el fin de importar mercancía y exportar café. Algunos de sus clientes endeudados le pagaron con tierras a orillas del Magdalena, que añadió a otras que adquirió, y junto con otros alemanes montaron grandes haciendas ganaderas como Jesús del Río y La Esmeralda. La ganadería se desarrolló enormemente, se importó la raza Holstein y la Pardo Suizo de Europa y la Cebú de la India. Muchos años después de la guerra visité la hacienda La Esmeralda; para llegar a ella se iba en “johnson”, así se nombraban las canoas con motor, aunque no fueran de esa marca, subiendo

por el Magdalena y luego por caños. Contaban que cuando se adquirieron las tierras era muy difícil conseguir trabajadores para la hacienda; venían indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta que, al recibir el sueldo de cuarenta centavos al mes, les parecía tanta plata que no volvían por un tiempo.

El señor Held, que había participado como accionista del Banco del Atlántico fundado en 1901, constituyó el Banco Alemán Antioqueño el 5 de octubre de 1912 en Bremen, junto con los comerciantes antioqueños Isaac Restrepo y Estanislao Uribe y con el ciudadano alemán Adolf Hartmann. La oficina principal se radicó en Medellín y desde 1920 hasta 1930 se crearon sucursales en Barranquilla, Bucaramanga, Armenia, Cali, Bogotá y Cartagena. Entre sus directores estuvo Carlos E. Restrepo, que había sido presidente de Colombia de 1910 a 1914; se dice que gracias a él el país no entró en la Primera Guerra Mundial. El banco pasó a denominarse Banco Comercial Antioqueño en 1942 para eliminar la palabra alemán en plena Segunda Guerra, y en 1991 se fusionó con el Banco Santander y cambió su nombre y su imagen con el nombre de Bancoquia. Entre los descendientes de Adolfo Held se encuentra la familia de Walter Held en Bogotá, que estuvo recluido en su finca en Fusagasugá durante la Segunda Guerra.

Mi papá estuvo en Barranquilla cinco años, los mismos que tardó en concretarse el viaje de su novia Anneliese Rippe, mi madre, desde Alemania a Colombia debido a la crisis económica de 1929 que condujo a Alemania a un estado de pobreza trágico. La idea inicial había sido que ella viniera unos meses después de la llegada de mi papá, cuando él estuviera ya bien establecido (figura 6.4).



Figura 6.4 Anneliese Rippe y Theodor Kurk en Barranquilla, 1934
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Mi mamá recordaba su país muy pobre, estaban muy mal, con gente tirada en las calles pasando frío. Ella era probadora de té en Bremen. Por fin, después de un interminable lustro, en el que mi papá y mi mamá solo se comunicaban por cartas, que tardaban más de un mes para llegar a su destino, Anneliese atracó en Puerto Colombia en 1934 con dieciséis baúles llenos de todo lo necesario para el hogar: vestidos, sombreros, ropa de cama, almohadas, loza, trastos de cocina y de baño, porcelana, candelabros y retratos.

Ese puerto, inaugurado en 1888 y que funcionó hasta 1936, era un muelle que entraba en el mar unos 1200 metros, donde grandes barcos podían descargar los pasajeros y diversas mercancías que luego se transportaban en vagones hasta la costa. Fue una de las obras de infraestructura más notables en esa época. El segundo muelle más largo del mundo. Pronto Barranquilla construyó un puerto grande y moderno, y el muelle de Puerto Colombia siguió siendo el paraíso de los pescadores. Infortunadamente, al muelle lo destruyó el oleaje del mar y aunque durante un tiempo se podían ver restos de su estructura de concreto, la falta de mantenimiento, sumada al efecto de la naturaleza, hicieron que varios tramos colapsaran. El año pasado, 2022, fue entregado un nuevo muelle de

carácter turístico que lo reemplazó como elemento patrimonial. Por ser un puerto, Barranquilla tenía representantes de las grandes navieras de Bremen Lloyd y de Hamburgo Hapag. Los barcos anclaban en Puerto Colombia (figura 6.5).



Figura 6.5 Muelle de Puerto Colombia, 1934
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Después de unos días del arribo de mi madre Anneliese, se llevó a cabo el matrimonio con su prometido, mi padre, quien tenía treinta años y ella uno más. Fue una ceremonia doble, ya que en el mismo barco había llegado otra alemana con las mismas intenciones de casarse con su novio, también alemán asentado en Barranquilla. En una fotografía de la boda que conservo, aparecen dieciséis hombres y diez mujeres, los caballeros vestidos con chaleco blanco, frac y corbatín negro, y las damas con elegantes vestidos largos (figura 6.6).



Figura 6.6 El matrimonio de Theodor Kurk y Anneliese Rippe (a la derecha en la línea superior de los sentados, junto a ellos la otra pareja de recién casados), Barranquilla, 17 de febrero de 1934 Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.7 Calle El Progreso, Barranquilla, 1934 Fuente: fotografía del álbum familiar.

En Barranquilla (figura 6.7) ya había un colegio exclusivo para los hijos de alemanes, donde se dictaban todas las materias en idioma alemán; para el colegio

llegaron muchos profesores alemanes con sus familias. También había un club alemán (figuras 6.8 y 6.9) y mi papá contaba que, a pesar del calor y de la ausencia de aire acondicionado, los señores siempre llevaban trajes de lino blanco y corbata. En el club tenían lugar elegantes fiestas, eventos, reuniones y carnavales (figuras 6.10 y 6.11). Aunque muchos no adoptaron el catolicismo, bautizaron a sus hijos en esta religión siguiendo su intuición pragmática.



Figura 6.8 Acceso exterior al Club Alemán, Barranquilla, 1932 Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.9 Hall interior del Club Alemán, Barranquilla, 1932 Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.10 Carnaval en el Club Alemán, Barranquilla, 1932
Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.11 Fiesta en la cancha de tenis, Barranquilla, 1934
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Mis padres en Medellín

Siete meses después de la llegada de mi mamá a Barranquilla, mi papá fue trasladado a Medellín. Viajaron ocho días por el río Magdalena en el barco a vapor Jiménez de Quesada (figuras 6.12 a 6.14) con los dieciséis baúles, un perro y un gato, hasta llegar a

Puerto Berrío, Antioquia (figura 6.21), donde se alojaron en el exclusivo Hotel Magdalena, que había sido el primer edificio de Colombia construido con hormigón armado y que hoy es un cuartel del Ejército, para luego seguir en ferrocarril durante diez horas (figuras 6.22 a 6.24), pasando por el Túnel de la Quebra, recién construido por el mismo ingeniero cubano que había realizado el muelle de Puerto Colombia, Francisco Javier Cisneros, para llegar a Medellín. Antes del túnel, cuando los viajeros llegaban a Puerto Berrío, tenían que subir la montaña en mula y luego bajar para tomar el tren hacia Medellín.



Figura 6.12 El barco Jiménez de Quesada, río Magdalena, 1935
Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.13 Barco a vapor navegando en el río Magdalena, 1935
Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.14 Puerto fluvial, río Magdalena, 1934

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Aunque el barco era un palacio flotante de tres pisos y habitaciones cinco estrellas, no me explico cómo hizo mi mamá para hacer el viaje sin aire acondicionado, con su perro y su gato, a los que no quiso dejar en Barranquilla (figura 6.15).



Figura 6.15 Peter y Floeki, Medellín, 1936

Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.16 La corriente del Magdalena, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.17 La corriente del Magdalena, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Recuerdo cómo mis padres me hablaban en muchas ocasiones de aquel viaje. Para ellos fue muy romántico (figuras 6.16 y 6.17), una aventura inolvidable a través de un río rodeado de una selva tupida, con el ruido de tantos animales, canoas en las orillas de los caseríos (figura 6.18), muchas mujeres lavando ropa mientras los niños felices jugaban y se tiraban al agua mostrando sus habilidades de nadadores, barequeras lavando oro, iguanas, micos, papagayos, loros y algunas veces grandes caimanes escondidos en medio de los matorrales, esperando tranquilos alguna presa para devorar. Entre los platanales, las palmeras y otras plantas, muy escondidos estaban los ranchos, con

gallinas picoteando aquí y allá, y los marranos recostados a la sombra de algún arbusto. Nunca faltaron las lanchas con plátanos, cocos y pescado a lo largo del largo viaje por el Magdalena. La alimentación era siempre yuca, arroz con coco, pescado frito, plátano... Hasta cargaban ganado en distintas orillas del río (figura 6.19).



Figura 6.18 Caserío en el río Magdalena, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.19 Cargando ganado al barco Jiménez de Quesada, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Toda esa historia creó en mí un sentimiento de nostalgia y admiración hacia el río. En aquella década de 1930, el Magdalena era el único medio de transporte

para llegar al interior del país; grandes barcos se movilizaban a vapor, aviones acuaticaban en sus aguas y en sus afluentes con el fin de recoger bolsas de oro y llevar remesas (figura 6.20). Infortunadamente ya no navegan barcos por el Magdalena, y tampoco hay tren. Considero que es imperioso rescatar el río.



Figura 6.20 Hidroavión en el río Magdalena, s. f.

Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.21 Anneliese Rippe en el viaje a Puerto Berrío, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.

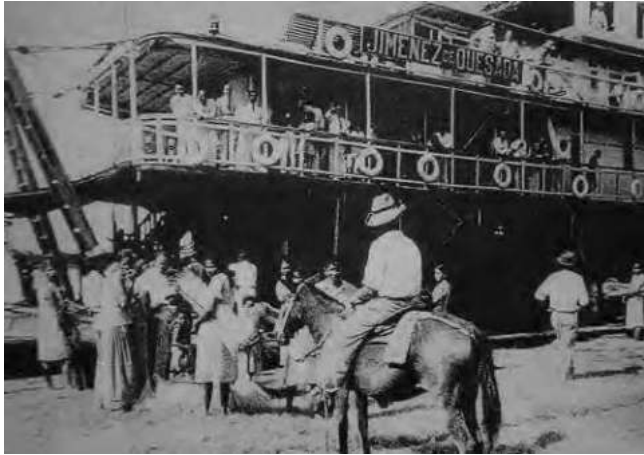


Figura 6.22 El barco Jiménez de Quesada, Puerto Berrío, 1935
Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.23 El ferrocarril, Puerto Berrío, 1935 Fuente:
fotografía del álbum familiar.



Figura 6.24 La línea del ferrocarril, viaje de Puerto Berrío a
Medellín, 1935
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Así como en Barranquilla, en Medellín (figuras 6.25 y 6.26) también había muchos alemanes que trabajaban para las farmacéuticas que mencioné antes y para empresas importadoras, además, había técnicos textiles y cerveceros, como el señor Maximiliano Seifert, abuelo de Annelie Seifert, exdirectora del Instituto Cultural Alexander von Humboldt, sin cuya labor dicho centro no existiría. En la ciudad no había colegio ni club alemán. Recuerdo el primer kínder alemán creado en 1939 y que se cerró muy pronto. En ese jardín de infancia estuvimos Erik Springer y yo, quienes nos volvimos a encontrar sesenta y un años más tarde, en 2004, en el kínder del Colegio Alemán en el día de los abuelos acompañados de los nietos.



Figura 6.25 Parque de Berrío, Medellín, 1935 Fuente: fotografía del álbum familiar.



Algunos alemanes amigos de mis padres contaban cómo viajaban en mula desde Medellín a los distintos pueblos y a Manizales para ofrecer sus productos. Regresaban con las alforjas llenas de monedas de oro y nunca fueron robados. Un viaje así podía tardar hasta tres semanas.

El primer domicilio de mis padres fue en una casa alquilada en el barrio Prado, que solo estaba terminada en el primer piso, pero que tenía la fachada del segundo. Para que no se viera muy fea mi mamá les puso cortinas a las ventanas de la planta superior y así parecía habitada en ese nivel también (figura 6.27).



Figura 6.27 “Nuestro palacio verde en Medellín”, calle Balboa, barrio Prado, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Figura 6.26 Militares colombianos, Parque de Berrío, Medellín, 1935

Fuente: fotografía del álbum familiar.

En marzo de 1937 viajamos a Alemania. Nos fuimos desde Medellín en avión hasta Panamá y de ahí en barco hasta Europa (figura 6.28). Allí visitamos familiares y amigos por unas semanas y luego regresamos de nuevo y nos instalamos en Robledo (figura 6.29). Con alguna frecuencia íbamos de paseo



a Santa Elena donde hacíamos picnics, jugábamos, bailábamos y nos divertíamos con amigos de la colonia alemana (figura 6.30).



Figura 6.28 Mi padre despidiéndose, viaje a Panamá, aeropuerto de Medellín, marzo de 1937

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Figura 6.29 Vista de Medellín desde Robledo, 1937

Fuente: fotografía del álbum familiar.



Figura 6.30 Camino a Santa Elena, Medellín, 1937

Fuente: fotografía del álbum familiar.

Otros alemanes en Medellín y en zonas cercanas

También quiero nombrar otros alemanes que vinieron a finales de 1800 y principios de 1900 a Medellín y otras zonas cercanas y que nunca regresaron a Alemania, cuyas familias, muy numerosas, son netamente antioqueñas en la actualidad (figura 6.31). Alguna vez me contaron que lo único alemán que conservaban era la disciplina. Hacia 1847 llegaron a las minas de Riosucio, en el departamento de Caldas, los mineros alemanes procedentes de las minas de Harz, Clausterthal-Zellerfeld, los señores Richter, Beyer, Henker y Georg Friedrich Gartner. Georg se casó en Riosucio con María Columna Cataño García. Tuvieron ocho hijos. Enseñó a hacer máscaras del diablo y trajo la costumbre del Carnaval del Diablo a esa población, festividad que se sigue celebrando cada dos años en enero y ahora es Patrimonio Oral, Cultural e Inmaterial de la Nación. El señor Georg era de ideas muy liberales y anticlericales, no se supo por qué nunca regresó a Alemania y cuando murió en 1882 fue enterrado en el cementerio de Riosucio, pero al otro día encontraron su cadáver en la calle; el cura dijo que tenía un pacto con el diablo y por eso la familia tuvo su propio cementerio en Riosucio. Esto me lo narraron en 1995 su bisnieto Juan Carlos Gartner y su tataranieta Carlos Gartner.

El mismo año me contó Iván Wolf que en 1882 llegó Wilhelm Wolf con su esposa Emma a las minas El Zancudo en Titiribí, luego de viajar en un periplo que duró dos meses desde la costa Caribe, por el río Magdalena, hasta Puerto Berrío, y después en mula hasta el municipio antioqueño. El señor Wolf trabajó para la industria metalúrgica y fabricó molinos californianos. Con su esposa tuvieron diez hijos, conformando una numerosa familia que vive hoy en día en Medellín.

Y entre los diversos migrantes no puede olvidarse un alemán muy importante que trajo a Colombia muchos conocimientos sobre el clima, la flora, la fauna, las etnias y la geografía: Alexander von Humboldt, quien vino tres veces al país a principios del siglo ^{xix} y dijo que Colombia era el cuerno de la abundancia.



Figura 6.31 Un desayuno muy alegre en la oficina del señor Laumayer, Medellín, enero de 1935
Fuente: fotografía del álbum familiar.

Fusagasugá y el Hotel Sabaneta

En 1943 los Aliados, con ellos Colombia, declararon la guerra a Alemania, Japón e Italia. Aunque Colombia no había tomado partido directo en el conflicto, el hundimiento que causó una incursión de submarinos nazis en el Caribe, del barco militar colombiano Resolute y que había zarpado de Cartagena en diciembre de 1942, formalizó la adhesión colombiana a los Aliados. Los alemanes quedaron en “la lista negra” creada por el gobierno estadounidense, les fueron confiscados los bienes y muchos fueron deportados a los Estados Unidos, como mi padre Theodor Kurk. Se prohibieron las reuniones de alemanes, se disolvieron los grupos y asociaciones, desaparecieron el Club Alemán y los colegios alemanes del país, las empresas creadas por germanos pasaron a manos de testaferros colombianos o del Estado y todos sus bienes fueron confiscados por el recién creado Fondo de Estabilización Nacional. Sé de un alemán que trasladó sus fincas a su abogado y nunca las devolvió, pero la mayoría de los bienes que se pasaron a amigos colombianos sí lo hicieron. El 23 de marzo de 1944 el Hotel

Sabaneta de Fusagasugá en Cundinamarca (figura 6.32) empezó a funcionar como centro de reclusión por decreto de la Ley 39 de 1944 del entonces presidente Eduardo Santos, que ordenaba la concentración de los extranjeros que figuraban en la referida lista.



Figura 6.32 El Hotel Sabaneta, Fusagasugá, 1944 Fuente: fotografía del álbum familiar.

Recuerdo que vivíamos en una finca subiendo desde Medellín por la carretera hacia Santa Elena; en esos tiempos no vivía nadie por ahí, excepto una familia campesina con la que me iba a jugar. Un día llegaron unos señores, recorrieron la casa, buscaron por todas partes y le informaron a mi papá que tenía que salir en tres días para Bogotá. Mis padres no tenían mucho dinero, pero se vendieron, casi regalaron, todas nuestras pertenencias, salieron de los perros y mis padres, mi hermano Helmut de cuatro años y yo partimos en un bus para Bogotá.

En la capital estábamos hospedados en un buen hotel con muchos otros alemanes, allí esperamos durante días hasta que llegó a Buenaventura el barco que nos debía llevar a Estados Unidos, pero el gobierno no envió a los alemanes a Buenaventura a tiempo y la embarcación siguió su viaje; se dice que fue porque realmente las autoridades querían que los alemanes se quedaran en Colombia. Esa fue la razón por la cual los germanos fueron enviados a Fusagasugá, donde permanecieron casi por dos años bajo vigilancia policial en el Hotel Sabaneta, que era un hotel muy bueno, donde las familias

bogotanas pasaban sus vacaciones; tenía una piscina muy grande con trampolines, mesa para jugar ping-pong, otras para jugar cartas, un comedor grande con manteles blancos y estaba rodeado de cafetales con caminos y cabañas para alojar familias.

Eran aproximadamente cien alemanes, algunos japoneses y unos pocos italianos. Mi papá tenía una pieza compartida con dos señores más. Los japoneses estaban en una casa entre los cafetales. Recuerdo los jardines japoneses tan hermosos que construyeron y tenían un laguito con *goldfisches* —peces dorados, también conocidos como tres colas o carpa dorada—. En aquella época se decía que era un campo de concentración, pero no lo fue, los campos de concentración fueron algo terrible que Hitler hizo en Alemania. Este fue un hotel de cinco estrellas en el que mi padre y los otros alemanes vivían bien, se reunían en la piscina y jugaban naipes y ajedrez. El exclusivo hotel de estilo neocolonial se había construido entre 1936 y 1938, y en 1945 ganó un premio de mejor arquitectura nacional. Retornó a su actividad turística hasta 1973 y después fue abandonado hasta la ruina. Solo se conservó una torre desde la cual vigilaban el complejo.

Muchas familias se quedaron viviendo en Fusagasugá para estar cerca de sus esposos y padres, como mi mamá, mi hermano y yo. Los niños podíamos ir todos los días al hotel. Las señoras los jueves y los fines de semana. Siempre recuerdo a mi mamá llevando tortas, galletas y sándwiches. Pasaban horas jugando cartas con otras familias, especialmente *skat*, un juego de barajas tradicional alemán.

El trato que recibían los alemanes y los demás extranjeros en el Hotel era muy bueno, respetuoso y tranquilo. En mi memoria tengo por ejemplo que una vez mi papá salió al pueblo para

ir donde el dentista —como se decía en esa época—; iba acompañado de un policía, pero sin necesidad de esposarlo ni cosa parecida.

Recuerdo que todos los martes a las diez de la mañana mi papá me enseñaba a leer en alemán y en español, y otro señor me enseñaba a dibujar. Un caballero, de apellido Werner, que venía de Bucaramanga y vivía en una de las cabañas entre los cafetales, construyó muchos tanques de cemento en los que el agua se comunicaba de un tanque a otro; en ellos cultivó toda clase de peces, como betas, escalares y otros; yo le ayudaba a limpiar los tanques, a conseguir gusanos y a vender los peces. Otros señores hicieron una lancha de madera con la que nosotros los niños podíamos remar en la piscina.

Fusagasugá constituyó una época incierta para los adultos, pero para nosotros los niños fue una época feliz, sin colegio, jugando todo el día con muchos otros niños de tantas familias alemanas entre los cafetales, haciendo maromas en la piscina, y en las argollas y columpios al lado de ella. Recuerdo que una vez invitamos a los señores para presentar una “función” de maromas, así como lo habíamos visto en el circo.

El dueño del Hotel Sabaneta recibía cien pesos por “huésped” que provenían en parte de los recursos y bienes confiscados, y mi mamá, como las otras familias, viajaba en bus a Bogotá una vez al mes para recibir dinero para los gastos, eran como cuatrocientos pesos, que eran muy suficientes, incluso tuvimos una empleada a la que mi mamá le pagaba más de lo acostumbrado. Nosotros vivíamos en una casa en el pueblo de Fusagasugá; mi mamá compró tres camas, una parrilla y lo necesario para estar bien. Debo aclarar que ese dinero solo lo recibimos mientras mi padre estuvo en el Hotel.

Hubo muchos alemanes que tenían fincas en Fusagasugá, a ellos se les permitió quedarse reclusos en sus casas. Contaban que la señora de un alemán que estaba en Sabaneta se quejó ante el gobierno porque sus hijos eran colombianos y que por lo tanto no tenían derecho a confiscarles el dinero; a la señora le devolvieron lo que les correspondía a los hijos, compró una finca muy cerca del Hotel Sabaneta y al señor le permitieron salir del hotel y quedarse en la finca con la familia.

No recuerdo muy bien cuándo, pero a mi papá con su familia y algunos otros alemanes los deportaron nuevamente hacia el norte de Estados Unidos, donde estaban en invierno en ese momento. Nos llevaron a Bogotá y mi mamá mandó a tejer mucha ropa de lana. Pasaron días y días esperando la salida del país y sucedió lo mismo que en la anterior oportunidad, no salimos y regresamos a Fusa. Allí nos recibió la familia Reger en su casa, donde nos quedamos hasta terminar la Guerra en 1945. Con el hijo, Carlitos Reger, radicado en Bogotá, seguimos guardando una buena amistad.

Después de la guerra

Una vez finalizada la Segunda Guerra, mi papá, Theodor Kurk, regresó con su familia a Medellín, yo ingresé por primera vez al colegio, ya a quinto de primaria, y al año siguiente nació mi hermana Ilse. También volvieron a Colombia familias que habían sido deportadas a Estados Unidos, entre ellas la del piloto Rodolfo Bethke, como lo mencioné antes; su hijo Wolfgang vive en Medellín actualmente y está casado con mi hermana.

Los antioqueños nos recibieron con los brazos abiertos y tan pronto mi padre salió de la “lista negra” comenzó a trabajar como corredor de bolsa. Las transacciones se hacían con la Bolsa de Bogotá por télex, que era el sistema telegráfico de comunicación del entonces. Más tarde mi padre fundó la Bolsa de Medellín en 1961, después fue nombrado presidente emérito de ella y en su nombre y el de mi hermano Helmut existió el salón Kurk en el edificio donde funcionó la Bolsa en el Parque de Berrío hasta el 2007; además, muchas fortunas antioqueñas fueron asesoradas por mi papá.

Hoy en día, la mayor parte de la familia de Theodor Kurk y Anneliese Rippe vive en

Medellín, hijos, nietos y bisnietos. Mi hermano Helmut, fallecido en 1980, se casó con Beatriz Echeverri Ángel y tuvo a Christian Camilo y a Theodor. Los hijos de Ilse son Andrés y Diana, su padre fue el médico Roberto Giraldo Molina. Mis hijos son Tomas, Nadya y Andrea, cuyo padre fue el croata Dragan Katich. Aunque somos completamente antioqueñizados seguimos manteniendo vínculos con Alemania por vacaciones, estancias escolares y educativas, conservando muchas costumbres.